

EL TRIUNFO DE LA INMORALIDAD

El más célebre rector de la Universidad de Salamanca, **Miguel de Unamuno**, escribía en octubre de 1907 unas palabras que siguen teniendo plena vigencia: *“La lujuria, el juego, la embriaguez, entontecen a los pueblos y acercan al hombre al bruto. Si por cada escuela que se abre no se logra cerrar una casa de juego, una casa de prostitución y una taberna, es que la escuela no sirve”*.

Mucho ha llovido desde entonces; no hay que negar que muchísimos adelantos han florecido como fruto del trabajo humano. Sin embargo la inmoralidad sigue triunfando y la sensatez y la responsabilidad, sin tremendismos, nos deben hacer reflexionar.

La Fundación Iberdrola, ya en nuestros días, ha editado un libro titulado *El crepúsculo de Europa* donde **Ignacio Sánchez Cámara** contempla con temor el proyecto del bárbaro actual: *“Es preciso extirpar la memoria. La Historia, como maestra que es, debe ser destruida. No hacerlo es condenarse a la insoportable condición de epígono, a asumir esa insoportable responsabilidad. Si algo, en un tiempo pasado, hubiera merecido la pena, el bárbaro habría estado allí. De entre los libros antiguos, los más peligrosos son los que contienen mayores dosis de sabiduría. Nada aborrece tanto el bárbaro como la filosofía; nada ama tanto como su adulteración y sus sucedáneos. La excelencia es infamia. Queda suprimida toda palabra esencial, la que revela la presencia del espíritu. El lenguaje del bárbaro debe quedar degradado hasta casi ingresar en la pura animalidad, hasta revestir la condición de mero balbuceo apenas inteligible. El arte se convierte en pura expresión arbitraria, sin norma ni canon, y la vanguardia en coartada. La moral deviene esclava de la inclinación; y la ciencia, de la técnica. La religión es repudiada, pues lo más elevado, lo sagrado, es lo más insoportable para él. Así, desembarazado del ominoso peso de la sabiduría, al bárbaro sólo le interesa su circunstancia inmediata y aquello que facilita el placer de su existencia mediocre y la satisfacción de sus pobres pulsiones pasajeras: el entorno, el juego, la técnica, la salud y un poco de efímera diversión. Lo demás es, para él, tedio o pedantería. Suprimida la grandeza, la educación resulta abolida”*.

¿Es correcta descripción de la realidad social actual? Por lo que tuviera de cierta no estará mal recordar aquellas palabras de **José Ortega y Gasset** en *“La rebelión de las masas”*: *“No cabe ennoblecer la crisis presente mostrándola como el conflicto entre dos morales o civilizaciones; la una caduca y la otra en albor. El hombre-masa carece simplemente de moral, que es siempre, por esencia, sentimiento de sumisión a algo, conciencia de servicio y obligación. Pero acaso es un error decir simplemente. Porque no se trata sólo de que este tipo de criatura se desentiende de la moral. No; no le hagamos tan fácil la faena. De la moral no es posible desentenderse sin más ni más. Lo que con un vocablo falto hasta de gramática se llama amoralidad es una cosa que no existe. Si usted no quiere supeditarse a ninguna norma, tiene usted, velis nolis, que supeditarse a la norma de negar toda moral, y esto no es amoral, sino inmoral. Es una moral negativa que conserva de la otra forma en hueco (...) Ahora recoge Europa las penosas consecuencias de su conducta espiritual. Se ha embalado sin reservas por la pendiente de una cultura magnífica, pero sin raíces”*.

La vuelta a la espiritualidad es la condición previa para la recuperación de la moral y la construcción de la sociedad. Así lo piensa **Alcide de Gasperi**, uno de los Padres de Europa: *“Lo realmente desastroso sucede cuando nos enfrentamos a la idolatría de la materia; donde no es el espíritu el que decide; donde las fuerzas en juego son aquellas que se manifiestan sólo a través de las transformaciones de la materia”*.